

Colon no se atrevia á manifestar su opinion, porque temia que sus palabras quedasen defraudadas.

La mayor parte de los navegantes dieron poca importancia á aquel aserto.

—Y sin embargo, se decia Colon, yo estoy seguro de que donde ha aparecido la luz hay tierra, y tierra habitada.

Las horas de aquella noche fueron mayores, no solo para Colon, sino para todos los que le acompañaban.

Apénas rompió el alba, resonó en el espacio un cañonazo.

La *Pinta* lo habia disparado.

Era la señal convenida para indicar la proximidad á la tierra, y aquella señal no podia ser equivocada, puesto que ya estaban todos escarmentados, y hasta no convencerse, ninguno era capaz de soltar prenda.

La *Santa María* y la *Niña* se hallaban á alguna distancia de la *Pinta*, y no pudieron observar lo que pasaba en ella.

Vamos á referirlo á nuestros lectores.

## CAPITULO II.

### A través del Océano.



El 21 de Setiembre comenzó la calma.

Las tres carabelas estaban á muy poca distancia unas de otras.

La tierra que creían próxima estaba aún muy léjos.

El descontento fué mayor que nunca.

—¿En dónde nos hemos metido, decian unos?

—¡Hemos llegado á un sitio del que no podremos salir á no ser para morir en el fondo del mar!

—Las olas nos combaten por todas partes, pero unas nos empujan y otras nos rechazan.

—¡En mal hora hemos salido de Palos!

—Más nos hubiera valido morir á manos del verdugo, decian los que se hallaban disfrutando de la vida por haberse alistado en la expedicion

Las murmuraciones se aumentaban.

Las provisiones empezaban á escasear, y era tan grande el mal humor de todos, que hasta encontraban detestables los alimentos que los dias anteriores les habian parecido muy buenos.

Colon veia formarse la tempestad, no sobre su cabeza, sino bajo sus piés, que era peor todavía, y evitaba la presencia de los marineros, por temor de que su voz no fuese entonces tan elocuente como habia sido ántes.

Afortunadamente à la caída de la tarde sopló un poco el Oeste, y las naves anduvieron un buen trecho, descubriendo los navegantes una gran cantidad de yerba muy compacta.

Un poco más léjos hallaron un delfin, y esto les tranquilizó algo, porque era señal de que estaban cerca de tierra.

Las carabelas se hallaban á cuatro leguas de distancia de las rompientes que ántes he mencionado.

Al día siguiente volvieron á experimentar calma, y los murmuradores se atrevieron á acercarse á Colon.

—Más nos valdria, almirante, le dijeron, renunciar á las riquezas y á los honores que nos han traído hasta aquí y volvernos á España.

Antes de que Colon les respondiese,

—Es inútil vuestro deseo, contestó Rascon, hemos llegado á un punto donde no hallaremos nunca viento favorable para volver á nuestra patria.

—No quiero ni acordarme de que os he oído hablar de ese modo, dijo Colon; ¿sois vosotros marinos, hombres de corazón, los que os atreveis á venir hasta mí con la pusilanimidad de las mujeres, deseosos de retroceder? ¿No es mejor morir con gloria que perecer como cobardes? ¿Qué dirían de vosotros los que os han visto partir quedándose en la playa avergonzados porque con vuestra bravura oscurecíais el día? Yo por mi parte prefiero sucumbir como un héroe.

Estas palabras contuvieron el vehemente deseo de retroceder que se había apoderado de los navegantes.

Al anoecer volvió á soplar el viento y renació en el pecho de todos la esperanza de hallar pronto tierra, porque vieron alcatraces y algunas otras aves blancas de río, y hasta una tórtola.

Las yerbas que encontraban eran muchas, y hallaban entre ellos cangrejos.

Sin embargo, todavía murmuraban los descontentos, todavía decían que jamás habría viento bastante para que las naves pudieran tomar rumbo hacia el punto de donde habían venido, ni para proseguir adelante.

Como si la naturaleza hubiera querido ayudar á Colon, el mar se animó de pronto de tal modo que las embarcaciones salieron de aquella especie de atolladero, caminando con extraordinaria rapidez.

El 25 de Setiembre pasó Martín Alonso Pinzón, capitán de la *Pinta*, á la carabela de Colon.

Pinzón había estudiado un mapa que le había dado el almirante, en el que había marcado algunas islas, y Pinzón creía que se hallaban en ellas.

Este mapa, delineado por el ilustre genovés, era una copia del que en 1474 había llevado á Lisboa Pablo Toscanelli, médico florentino, y célebre astrónomo de su tiempo.

Comprendía desde el Norte de la Irlanda hasta el confin de la Guinea, con todas las islas que había hallado en su viaje y hacia el Occidente representaba el principio de la India, con las islas y lugares por donde se podría andar.

Colon vió este mapa, y las relaciones de los viajeros, que había leído, le confirmaron con la idea de hallar por el Occidente la misma India á donde Marco Polo había ido por la parte oriental.

Los dos marinos conversaron sobre esto, indicando Pinzón que el mapa era imperfecto, y defendiendo el almirante su exactitud.

Volvió Martín Alonso Pinzón á su carabela, y apenas comenzaba á ponerse el sol, subiéndose en la popa de su nave, con inmensa alegría llamó al almirante, dándole albricias porque veía tierra.

Aquella magnética palabra resonó en el corazón de todos,  
Tomo II.—3

y hasta en el del mismo Colon, el cual, postrándose de hinojos al mismo tiempo que los suyos, miéntras que en la carabela de Martin Alonso entonaban el *Gloria in excelsis Deo*, dió gracias al Altísimo.

Los de la *Niña* subieron sobre el mástil y las jarcias, y afirmaron que lo que les parecia tierra, lo era en efecto.

Por la noche dispuso el almirante que dejasen el rumbo del Oeste para tomar el del Sudoeste, por donde se divisaba tierra.

Los marineros alborozados se arrojaron al mar á nado, vieron muchos dorados y otros peces, y volvieron á las carabelas ébrios de alegría.

Pero su desaliento fué grande cuando al dia siguiente notaron que lo que les habia parecido tierra era cielo, y que el mar, á la altura en que se hallaban, parecia un rio acariciado por auras suaves que no tenian bastante fuerza para impulsar á las naves.

El desencanto produjo en todos una inmensa postracion.

No se atrevian á murmurar, porque en el fondo de su alma todos tenian la seguridad de que solo una muerte oscura y desastrosa les aguardaba.

Dos dias despues de aquel contratiempo, se animaron un poco viendo á un ave llamada *rabiforcado*, ave enemiga irreconciliable de los alcatraces, su constante perseguidora, que no se aparta nunca á gran distancia de la tierra.

Entónces, y aun hoy todavía, hay muchas de estas en la isla de Cabo Verde.

Aquel pájaro era un indicio seguro de que no estaban muy lejos de la tierra que con tanto afan ambicionaban.

El 1.º de Octubre habian andado setecientas leguas más. Colon avanzó cuarenta y siete leguas más, y el dia 4 del mismo vió muchas pardelas, y yerba fresca con algunos frutos.

## CAPITULO IV.

¡Tierra!



ENTRE los tripulantes de la *Pinta* iban dos jóvenes marinos, uno de Moguer y otro del mismo puerto de Palos, llamados el uno Rodrigo de Triana y el otro Pablo Arjona.

Era el primero, modelo de diligencia y actividad.

Era el segundo, tipo acabado de la pereza.

Los dos, aunque de distinto pueblo, por la proximidad de Moguer á Palos, se habian tratado desde la infancia, y eran grandes amigos.

Habian emprendido ántes de aquella expedicion algunas otras, en barcos pescadores, ó en las carabelas que se alejaban más de la costa, y en todos sus viajes habian acreditado más y más el uno su pereza, su diligencia el otro.

Algunos episodios de las mocedades de estos dos marinos servirán para caracterizarlos, y al mismo tiempo para entretener á mis lectores, que por fuerza despues de llevar tantos dias en el mar acompañando á Colon en su expedicion, deben desear volver siquiera sea someramente á trabar relaciones con la tierra.

Pablo Arjona era lo que se llama un hombre afortunado, pero hasta cierto punto.

Tenia, por decirlo así, la fortuna de inspirar simpatías á todo el mundo, de excitar interes en su favor, pero su indo-